

jefes de alta graduación como Urága, quien tenía bajo su mando, en el Sur de Jalisco, más de 8.000 hombres. El coronel D. Ramón Corona se persuadió de la conducta dudosa de su jefe, y se separó de su lado; después, el general Arteaga lo desconoce y lo declara traidor, viéndose aquel transfuga en el caso de huir, escoltado por dos escuadrones, con que se dirigió á lugar ocupado por el enemigo. Como quiera que fuese, aquel cuerpo de ejército, por la insidia y la traición desmoralizado y dividido, dispersadas en parte sus tropas, que los oficiales desatendían, quedó reducido á unos 4.000 soldados al finalizar el mes de Junio.

Había llegado la hora de la prueba, y á los oficiales prisioneros que estaban en Francia se les apremiaba para que reconocieran al gobierno imperial de México, ó para que protestaran no combatirlo. Muchos desatendieron la exigencia, y sin darles recursos se les expulsó de aquel país.

Los acontecimientos de la guerra se sucedían. Para las operaciones del Norte, se escogían tres caminos: de Zacatecas á Chihuahua, pasando por Durango; de San Luis á Monterrey, pasando por Saltillo, y de Querétaro á Matamoros, pasando por Victoria y Linares. El primer camino, con una división, tenía que recorrerlo el general L'Heriller; el segundo, con otra, Castagny; el tercero, con la de su mando, el general Mejía. Para poner las dos últimas en contacto, el coronel López se movería con una columna ligera. Tales dos divisiones debían combinarse sobre Monterrey, si se creía necesario. A fines de Julio se dió principio á la operación, y el 20 de Agosto, Castagny, que ocupaba el centro, y daba la medida de avance á las divisiones de los flancos, llegó á Saltillo.

El 15 de Agosto, ante el avance del enemigo, previa la expedición del decreto que lo hacía saber, el gobierno constitucional salió de Monterrey á las tres de la tarde, según el decreto lo anunciaba.

El coronel Quiroga, en los momentos de su marcha, desconoció al Presidente y hostilizó con caballería su reducida escolta.

De Saltillo habíase movido González Ortega, con 1.500 hombres, y se unió con el Presidente. Al llegar los expedicionarios á territorio de Durango, Patoni, con una pequeña división, se incorpora; y quedando el Presidente en condiciones de retirarse á Chihuahua, los dos jefes aludidos marchan á hostilizar la capital del Estado de Durango, donde ya se encontraba el general L'Heriller. En tanto, Castagny llegaba á Monterrey, y Mejía se apoderaba de Matamoros.

El 21 de Septiembre, las fuerzas de Patoni y González Ortega se encontraban en un lugar llamado Majoma, al que da su nombre un cerro así denominado, y allí son atacadas por una columna francesa, mandada por el coronel Martín. Esta columna llega frente á la línea de batalla, y ataca el cerro, llave de la posición; la artillería mexicana rompe sus fuegos, y á los primeros disparos muere el coronel francés, sucediéndole el comandante Japy, que prosigue la marcha de avance y toma el cerro, quitando parte de la artillería. Tras esto, las fuerzas liberales se retiran en orden, protegidas por la caballería, y en la noche, sin ser hostilizadas, se desbandan de una manera lamentable. Aquellas fuerzas no habían sido alimentadas en dos días, y cuando llegó la noche y no hubo ración que repartir, rompieron las filas y se diseminaron.

Carvajal y Quesada conservaron su tropa, alejándose de la corriente de los desbandados. Estos jefes, por tener gente montada que llegaba á lugares habitados, habían conseguido para sus subordinados escasos víveres.

El Gobierno, al tener conocimiento de tal desastre, se dirigió por el desierto, con unos 200 hombres de escolta, á Chihuahua, á donde arribó el 12 de Octubre.

Corona y Rosales, en Sinaloa, luchaban con dificultades para sostener sus tropas, con que habían de combatir á una fuerte expedición francesa que avanzaba hacia Mazatlán, combinada con 5.000 hombres de Lozada y una escuadra por mar. Corona estableció un sistema de guerrillas, para hacer la guerra en el Sur de Sinaloa, y Rosales marchó al Norte del propio Estado. Este jefe, con menos fuerza que el enemigo, derrotó en campo raso, el 22 de Diciembre, en San Pedro, á 500 hombres que desembarcaron en el puerto de Altata, haciéndoles 26 muertos y 207 prisioneros, de los que 87 eran franceses. El jefe de la expedición, coronel Gazielle, se hallaba entre estos últimos.

Mazatlán había sido ocupado; Lozada, después de esto, volvió á Tepic, y los franceses, ni un solo día

de los que estuvieron en Mazatlán, dejaron de ser hostilizados por las fuerzas de Corona. Con los franceses quedaron en el puerto 500 *lozadeños*.

Arteaga, acosado en el Sur de Jalisco por las fuerzas de los generales Douay y Márquez, sufre un descalabro en el Chiflón; toma el rumbo de Michoacán, y derrotado en Jiquilpan, se une después con sus restos á Régules y Riva Palacio, que sostenían la guerra al Sur y Oriente de Morelia.

El general Díaz, en el Estado de Oaxaca, lo mismo amenazaba á fuerzas enemigas de Puebla que de Veracruz.

Así iba terminando el año de 1864. Una brigada de 4.000 franceses habíase reembarcado, y tenían que hacerlo dos más, según el convenio de Napoleón con Maximiliano.



Establecimientos modernos. — Fundición nacional de artillería. Taller de tornos

En las condiciones en que se hallaba el país, algunas fuerzas irregulares, mandadas por jefes improvisados, que debían su posición á su solo valor personal, sin superiores que respetar, robaban con pretexto de que necesitaban vivir de las requisiciones que hacían, y llegaron á ser una verdadera plaga para los pueblos indefensos y un padrón de ignominia para la causa que aparentaban defender. Partidas de esa naturaleza existían en todos los lugares donde no había jefes de representación que pudieran imponer el orden; y poblaciones de Tamaulipas, Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes y de otros Estados tuvieron que sufrir sus depredaciones.

Por lo que respecta á las fuerzas republicanas, sujetas á la disciplina, encontraban decidido apoyo en las comarcas por donde expedicionaban.

Corona, al saber que, procedente de Durango, viene una columna francesa, dejando guerrillas á los alrededores de Mazatlán, corre con algunos centenares de hombres hacia la sierra, y defiende bravamente, aunque sin éxito, el paso del Espinazo del Diablo, el 1.º de Enero de 1865.



Tras la primera columna enunciada, venía una segunda con el general Castagny, y á retaguardia una conducta de caudales con su respectiva custodia. Sobre tal conducta caen el día 10, en Veranos, las fuerzas que habían disputado el paso del Espinazo del Diablo, y la derrotan, haciendo 47 prisioneros franceses y 40 arrieros armados, á todos los cuales se manda ejecutar.

Se pidió otra vez auxilio á Lozada, por la guarnición francesa de Mazatlán, y se hicieron correrías desoladoras, en que el incendio y otros crímenes eran el cortejo de las columnas franco-lozadeñas.

Castagny se embarcó en Mazatlán con 1.000 hombres, y se dirigió á Guaymas, de donde después regresó al punto de partida.

En el Estado de Oaxaca se presentaba el principal núcleo de los combatientes republicanos. Allí los mandaba el general D. Porfirio Díaz, que se había fortificado en la capital del Estado al ver que numerosas tropas, con trenes de artillería, y mandadas por el mismo mariscal Bazaine, avanzaban sobre él. El general había luchado día tras día, fatigando al enemigo, pero había acabado con sus tropas, y sólo le quedaban los constantes á su alrededor. Sin embargo, su ánimo no decaía, é intentó la última resistencia en la ciudad de Oaxaca, que Bazaine comenzó á asediar el 17 de Enero, terminando esa operación y los trabajos de aproche veinticuatro días después, en que diarios combates se sucedieron. El 9 de Febrero, considerando el general Díaz que ya la resistencia era imposible, y que se preparaba un asalto general, montó á caballo, y acompañado de dos coroneles, fué impávido á presentarse al cuartel general enemigo, donde dijo á Bazaine que sus subordinados habían cumplido hasta allí con obedecerle, que era por consiguiente el único responsable de la resistencia, y se entregaba sin condiciones. Por lo demás, exponía que la plaza no presentaría ya defensa, y que era inútil bombardearla.

El jefe de que hablamos y sus fuerzas fueron hechos prisioneros.

En el primer tercio de 1865, el mariscal Bazaine contaba con un ejército de 63.800 hombres, no obstante que se había ya reembarcado una brigada. Consistía tal ejército en 28.000 franceses, 20.000 mexicanos, 8.500 guardias rurales, 6.000 voluntarios austriacos y 1.300 belgas.

Maximiliano estaba en la inteligencia de que debía disminuirse el número de tropas francesas, y no cuidaba, sin embargo, de la organización del ejército mexicano, que era, á la postre, el que debía ser su sostén.

En esos meses de 1865, el general Escobedo y los coroneles Treviño y Naranjo aparecían en Nuevo León y Coahuila, levantando fuerzas, operando atrevidamente y dando golpes de mano á las enemigas, á la vez que el general Negrete ocupaba con una división el Saltillo, de donde se dirigió á Chihuahua.

La República norte-americana estaba para concluir su guerra civil, y tanto Napoleón como Maximiliano, que habían intentado de ella el reconocimiento del imperio mexicano, al comenzar el año de 1865, no habían obtenido más que la declaración de que los Estados Unidos sólo reputaban como autoridad legítima, en México, la que representaba el presidente Juárez. Tras esto, se hallaba la amenaza del inmenso ejército que quedaba sobre las armas al finalizar aquella gigante lucha del pueblo anglo-sajón, pueblo cuya influencia en la América había pretendido aniquilar Napoleón al intentar establecer un imperio dependiente de Francia en este continente.

Las notas diplomáticas entre el emperador de los franceses y el gabinete de Washington tomaron una forma cada vez más hostil; y Bazaine, en Julio, hasta llegó á colocar sus fuerzas en condiciones de evitar colisiones en la frontera de los Estados Unidos y de defenderse en el interior.

Como quiera que fuese, importaba acabar con el núcleo de legítima resistencia que Juárez representaba en México, y se mandaron tropas francesas hasta Chihuahua, de donde el Presidente constitucionalista, atravesando desierto tras desierto, se retira á Paso del Norte. Así las cosas, Maximiliano expidió el 3 de Octubre un decreto terrible, declarando bandidos á los defensores de México, para que, sin más que la identificación de sus personas, pudieran ser fusilados al aprehendérseles. Conforme á tan bárbara ley, se manda pasar por las armas, el 21 del propio mes, en Uruapan, á los patriotas generales Arteaga y Salazar, y coroneles Villagómez, Díaz Paracho y Pérez Milicua, que había hecho prisioneros el general traidor D. Ramón Méndez al derrotarlos en el camino de Tancitaro. No fué esto, sin embargo, motivo de represalias, y Riva Palacio ajustó con el jefe francés el cange de 189 soldados y oficiales belgas.

La cuestión diplomática entre los Estados Unidos y Francia terminaba en tanto, ofreciendo Napoleón, al comenzar el año de 1866, retirar sus tropas de México.

En el terreno ensangrentado de las armas, donde la guerra paseaba sus pendones, los republicanos, que tanto sacrificio habían consumado, lograban algunos triunfos, que bien merecían por su perseverancia y valor.

Corona, al empezar el año de 1866, ilustraba sus campañas con las acciones de Palos Prietos y El Presidio; Chihuahua, abandonada por los franceses á la guarnición de traidores, sufre la derrota que consume el general Terrazas; García de la Cadena levanta por segunda vez el estandarte de la insurrección en Zacatecas; Viesca vence á las tropas imperialistas en Parras, y de acuerdo con el coronel D. Jerónimo



Edificios modernos. — Chapultepec. Fachada del Colegio Militar y alumnos en parada

Treviño, da la acción de Santa Isabel, contra una columna francesa, que deja en poder de los vencedores 79 prisioneros. Con motivo de esa derrota de Santa Isabel, el mariscal Bazaine dispuso que sólo con tropas mexicanas debían hacerse expediciones aisladas.

El emperador francés daba órdenes á Bazaine para que, con carácter de voluntarios, quedasen en México, después de su salida, algunos soldados franceses, á los cuales se unieran belgas y austriacos, pudiendo así dejarse á Maximiliano un ejército de 50.000 hombres. Se contaba al efecto con 8.000 infantes y 2.000 caballos de tropas permanentes mexicanas; 27.000 hombres de tropas auxiliares, entre las cuales estaban las de Lozada; 8.000 de la legión extranjera, y 5.000 voluntarios que debían venir de Europa. Tal ejército tendría la dotación de 662 cañones de sitio y de batalla.

No era Maximiliano para amalgamar aquellos heterogéneos elementos militares, que tendrían que deshacerse en sus manos. Además, aquellos calculados 27.000 hombres de tropas auxiliares, bien contados se reducirían á 12.000.

Por otra parte, el gobierno americano dió órdenes á su ministro en Viena, para que, si el emperador